

DOS PLATICAS A SACERDOTES

San Juan de Ávila

PLÁTICA PRIMERA A LOS CLÉRIGOS DE CÓRDOBA.

Elegit nos ab omni vivente. (Véase *Eccli.*, 45, 4.)

No sé otra cosa más eficaz con que a vuestras mercedes persuada lo que les conviene hacer, que con traerles a la memoria el alteza del beneficio que Dios nos ha hecho en llamarnos para el alteza del oficio sacerdotal; pues que habiendo tantos a quien lo pudiera encomendar, *elegit nos ab omni vivente, ut dicit Ecclesiasticus*. Y si elegir sacerdotes entonces era gran beneficio, ¿qué será en el Nuevo Testamento, en el cual los sacerdotes de él somos como sol en comparación de noche, y como verdad en comparación de figura? ¡ Oh divina Bondad, que tanto se ha manifestado en levantar hombres a tal alteza, que ponga en las manos de ellos su poder, su honra, su riqueza y su misma Persona! ¿ Quién no se tendrá por muy beneficiado de Dios, con ser poderoso en la tierra para hacer descender fuego del cielo? ¿ Quién no tendrá en mucho resucitar muertos y alanzar demonios, y lo que más es, sacar hombres del infierno y abrirles el cielo, etc.? *Cotéjese la gran diferencia que hay entre el sacerdocio del Testamento Viejo y Nuevo; y si la Escritura cuenta por gran beneficio el elegir Dios a uno para aquél, ¿qué será para aqueste?, y particularmente se diga del poder que Dios dio para le consagrar, y cuan presto viene siendo llamado, y que es mayor beneficio que lo que se cuenta de Josué cuando hizo estar quedo el sol, como dice la Escritura, que no hubo día tan largo: Obediente Domino voci hominis (Jos., 10, 14). Más gran día es éste, y mayor obediencia; pues allí se quedó el Señor adonde estaba, y aquí toma ser*

sacramental donde no le tenía.

¿Quién con tanta ligereza obedece a su mayor con cuanta Cristo obedece a sus sacerdotes? De un discípulo se lee *in Vitis Patrum*, que fue llamado de su abad; estaba escribiendo; vino, etc. Mas, mucho más ligeramente obedece Cristo; porque aquél algunos pasos dio, algún tiempo gastó en venir; mas el Señor está en bajo de especie, *in instanti*. ¡ Oh gran lección nuestra! ¡ Oh admirable ejemplo, del cual, cierto, con mucha razón se puede decir: «*Si ego Dominus et magister (Jn., 13, 14)*; y estando glorioso, y en tiempo de ser servido y obedecido de santos y ángeles del cielo, como lo estoy, me abajo yo a obedecer con tanta presteza y tan de buena gana, ¿cuánto más vosotros será razón que me obedezcáis a mí, y a todos por mí?» ¿Quién, después que ha consagrado, no queda atónito, y con profunda humildad no dice al Señor, a semejanza de San Pedro y de San Juan Bautista: *Tú, Señor, vienes a mí? (Mt, 3.)* ¿Qué sacerdote, si profundamente considerase esta admirable obediencia que Cristo le tiene, mayor a menor, Rey a vasallo, Dios a criatura, tendría corazón para no obedecer a nuestro Señor en sus santos mandamientos, y para no perder antes la vida, aun en Cruz, que perder su obediencia? ¿Quién alzaría el cuello contra su mayor? ¿Quién no se abajaría a su igual y menor viendo esto? San Juan Bautista se espantó y dijo: *Ego a te debeo baptizari, et tu venis ad me?* Y aun así podríamos nosotros decir: «Yo, Señor, había de ir a ti y obedecerte, y ¿Tú vienes a mí?» Y respondernos ha lo que a él respondió; *Sine modo; sic enim decet nos implere omnem iustitiam*. Y dice la glosa que *toda humildad, scil.,* humillarse el mayor a su igual y menor. *Sic decet*. ¿Para qué, Señor? Para abajar nuestra soberbia, para que tenga vergüenza parecer el sacerdote soberbio y desobediente, siendo Dios tan humilde y obediente para con él.

Acordémonos. Padres, cuando alguna cosa se nos hiciese dificultosa en los mandamientos de Dios, de esta obediencia, humildad y amor con que Dios obedece a la voz del hombre en las palabras de la consagración. Allí representamos su sagrada Persona, y decimos las palabras en persona de Él; y aquella honra que antes de encarnar daba a los Ángeles, que decían en persona de Dios: *Ego Dominus*, ya se ha pasado a los sacerdotes, los cuales dicen: *Ego te absolvo. Hoc est Corpus meum: in persona Christi*. ¿Quién contará el alteza de honra adonde nos sube? ¿Cuyo corazón no se regalará, como el de Simeón, tratando a Cristo en sus manos, mirándole con sus ojos y siendo traído de tan lejos, mediante la lengua, ser abrazado y metido dentro de sí en el mismo pecho? Quien quisiere honrar a Cristo, acuérdesse de esta honra que recibe de Él; quien fuera del altar quisiere andar compuesto y con el peso que debe, acuérdesse cuan engrandecido estuvo, y cuan importante negocio trató en el altar. Si el demonio, o la carne, o el mundo le tentare fuera del altar, acuérdesse de cuanpreciado y beneficiado y regalado fue de Dios en el altar, y diga con José (*Gen., 39, 9*): *¿Cómo puedo hacer este mal, y pecar contra el Señor Dios mío?* Libre albedrío tenía, mas considerábase por tan deudor y agradecido a su Señor, que no hallaba cómo ofenderle con su mujer. Y libre albedrío tenemos los sacerdotes; mas si piedras o demonios no somos, viendo que el Señor se ata con nuestras palabras y se deja prender con cadenas de amor de nuestras indignas manos, ni tenemos corazón, ni lengua, ni ojos, ni manos, ni pecho, ni cuerpo para le ofender, porque nos veremos todos enteros consagrados al Señor con el trato y tocamiento del mismo Señor.

Los moros que van a la Meca a ver el zancarrón de Mahoma (falso profeta), se tienen por tan bienaventurados de lo ver, que muchos de ellos se sacan

los ojos; porque habiendo visto cosa tan santa (según su falsa creencia) con ellos, les parece que le hacen desacato si con los mismos ojos miran otra cosa. ¿Cómo, Rey mío, emplearé mis ojos en mirar vanamente faz de mujeres, ni otra cosa que sea indecente, pues se emplean en mirarte a Ti, que eres limpieza y hermosura infinita? Con mucha razón, por cierto, mandaste Tú que todos los tuyos se *saquen el ojo que les escandaliza (Mt., 5, 29)*; y con mucha más razón nos los debemos sacar los sacerdotes; quiero decir, que los mortifiquemos por el acatamiento que se debe a la vista de tu sagrada Persona. La lengua del sacerdote, llave es con que se cierra el infierno, y se abre el cielo, y se alumbran las conciencias, y consagra a Dios. Si quisiéremos, Padres, pecar con la lengua, pidamos otra lengua prestada, que con ésta, con la cual consagramos a Dios y hacemos tan admirables efectos, en ninguna manera se sufre emplearla en servir al demonio con ella. *Nugae in ore sacerdotis blasphemiae sunt: consecrasti os tuum evangelio; talibus aperire non licet, inquit Bernardus, si nugae blasphemiae sunt.* Mirémonos, Padres, de pies a cabeza, ánima y cuerpo, y vernos hemos hechos semejables a la sagrada Virgen María, que con sus palabras trajo a Dios a su vientre; y semejables al portal de Belén y pesebre donde fue reclinado, y a la Cruz donde murió, y al sepulcro donde fue sepultado. Todas estas cosas, santas son por haberlas Cristo tocado, y de lejos tierras van a las ver, y derraman de devoción muchas lágrimas, y mudan sus vidas, movidos por la gran santidad de aquellos lugares. ¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, impasible, como no vino en los otros lugares? Y los sacerdotes le traen con las palabras de la consagración, y no lo trajeron los otros lugares, sacando la Virgen. Relicarios somos de Dios, casa de Dios, y a modo de decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad. ¿Quién será aquel tan

desventurado que, siendo de Dios tanpreciado y honrado, dé consigo en el lodo y hediondo cieno de los pecados?

¡ Oh Padres míos! Bienaventurados somos si sabemos conocer y nos queremos aprovechar del gran precio y estima con que somos honrados de Dios. Y ¡ ay! ¡ ay! ¡ ay de nosotros si, siendo tanpreciados. de Él, ni nos preciamos a nos, ni lo preciamos a Él! ¡ Oh palabra que hiere más que afilada espada, la que dijo el Señor a los sacerdotes pasados, por el Profeta Malachías (1, 6): *Filius honorat patrem, et servus dominum suum. Si ergo pater ego sum, ¿ubi est honor meus?, et si dominus ego sum, ¿ubi est timor meus? Dicit Dominus exercitum ad vos, o sacerdotes, qui despicitis nomem meum.* ¡Que te desprecian, Señor, tus sacerdotes! ¡ Los tan privados de Ti, los que te deben tan justamente servicio, los levantados de Ti sobre dignidad de ángeles, siendo Tú honra de ellos, y ellos deshonor de Ti! Nunca cosa tan fea se vio, oyó ni obró. Y si de aquéllos se queja Dios, y con mucha razón, ¿qué hará de nos que somos más beneficiados que aquéllos, y era razón que escarmentáramos en el castigo de aquéllos? Conozcamos, Padres, que no respondemos al Señor con el precio y honra que era razón; no añadamos pecados sobre pecados, como aquellos respondieron: *In quo despeximus te?* No plega a Dios que sobre nuestros pecados se añada también ceguedad de no conocerlos.

Muy lejos estamos, Padres, de aquella santidad que nuestro oficio demanda, y, si esto no conocemos, ciegos estamos. «Más limpios hemos de ser y resplandecientes— dice Crisóstomo—, que los rayos del sol.» *Luz del mundo y sal de la tierra* (Aft, 5, 13, 14), nos llama Jesucristo. Lo primero, porque el sacerdote es un espejo y una *luz*, en la cual se han de mirar los del pueblo, y viéndola conozcan las tinieblas en que ellos andan, y les remuerda en su

corazón, diciendo: «¿Por qué no soy yo bueno como aquel sacerdote?» Y llámense sal, porque han de estar convertidos en un sabrosísimo gusto de Dios; tanto que el que los tocare con la habla y conversación, por derramado que esté y disgustado de las cosas de Dios, cobre gusto de ellas y pierda el gusto de las cosas malas. La gente del pueblo, con sus ocupaciones forzosas, no tiene luz ni gusto de las cosas de Dios, y para esta olla de carne proveyó Dios que fuesen los sacerdotes *fuego, lumbre y sal*, como gente que ha de tener tanto de esto, que haya para sí y para los otros.

Y considerando esta alteza de santidad que este santísimo oficio demanda, ha habido muchos, aunque de muy buena vida, que no se han atrevido a recibir tal dignidad, queriéndola más por señora que por mujer. San Marcos fue uno de éstos, y San Francisco otro, el cual, siendo rogado de muchos que, pues era ordenado de diácono, se ordenase de Misa, yendo él por un camino pensando en esto y encomendándose a Dios, le apareció un ángel con una redoma muy clara, llena de un licor más claro y resplandeciente que un cristal, y le dijo: «Francisco, tan clara como este licor ha de estar el ánimo del sacerdote.» Y era tan grande el resplandor del licor, que San Francisco, con ser San Francisco, cotejando la limpieza de su ánimo con aquel resplandor, le pareció no tener suficiente disposición para ser de Misa, y nunca jamás lo osó ser. Otros muchos hubo en los Padres del yermo, de excelente santidad y venerables canas, que, en oliendo que les querían echar esta dignidad encima, se iban huyendo de sus monasterios a tierras extrañas. Veían éstos la alteza de este estado y cuan gran santidad pide; y, aunque mucha tenían, parecían poca para oficio tal y tan alto.

Y nosotros no conocemos la dignidad sacerdotal; y, por eso, no sólo no huímos de ella, mas, lo que mucho es

de doler, que, siendo faltos de santidad, la buscamos y pretendemos, y, como gente ignorante, corremos a ella, poniendo los ojos en lo honroso de ella, y no en la obligación que consigo trae de gran santidad para bien la usar.

Esto, Padres, es ser sacerdotes: que amansen a Dios cuando estuviere enojado con su pueblo; que tengan experiencia que Dios oye sus oraciones, y les da lo que piden, y tengan tanta familiaridad con Él; que tengan virtudes más que de hombres, y pongan admiración a los que los vieren; hombres celestiales o ángeles terrenales; y aun, si pudiesen ser, mejores que ellos, pues tienen oficio mas alto que ellos.

Y porque con más autoridad entendamos cuáles habernos de ser, miremos a nuestro padre San Pedro, de cual en figura del Leví, dice Dios por Malachias (2, 5: *Pactum meum fuit cum eo vitae et pacis. (Exponatur.)*) Y como quien bien lo obraba y conocía, amonesta a los sacerdotes cuáles debemos de ser, diciendo (1 *Petr.*, 2, 9): *Vos autem genus electum: no de carne, ni de sangre, mas nacidos de Dios, e hijos suyos, semejables en las costumbres a Él. No viene bien ser hijo del demonio, como es el pecador, para ser sacerdote; hijo adoptivo de Dios y muy amado de Él es razón que sea el que ha de consagrar al muy amado Hijo de Dios. Padres: Sois sacerdocio real, y Reyes santos, que regís vuestra voluntad y pasiones conforme a la Ley de Dios; y rigiéndoos bien a vosotros, regís al pueblo, dándole mayores beneficios y ejercitando cosas de mayor poder que los reyes de la tierra sobre sus vasallos. Reyes sois de la tierra, porque la despreciáis: Reyes de los hombres, porque los regís según Dios. A los demonios mandáis; con Dios podéis tanto, que lo traéis a vuestras manos, y de airado lo tornáis manso. ¿Quién hay que reino tan conforme, poderoso y precioso posea? Y en testimonio de*

esta dignidad real, está mandado que los sacerdotes traigan corona; la cual no es la rasura que traemos encima de la cabeza, mas los cabellos cercenados por las orejas, aunque ahora, por la costumbre tan usada, no se parece esta corona, por andar sin cabellos. Reyes somos y *gente santa*, dice San Pedro; el cual aun los legos pide que lo sean, cuanto más nosotros, a los cuales dice el Señor (*Lev., 19, 2*): *Sancti estote, quia ego sanctus sum.*

Diciendo estoy esto, y hiriéndome el corazón, mirándome a mi que, habiendo de tener santidad, no creo que tengo el principio de ella. *Gente santa, pueblo que Dios ha ganado*, y que se llama heredad y hacienda de Él, porque es la principal posesión de Dios en la tierra, en la cual ha de coger fruto en sí y en los otros. Los sacerdotes somos particularmente deputedos para honra y contentamiento de Dios, y guarda de sus leyes en nos y en los otros. Y si algún tiempo vivimos en las tinieblas de nuestros pecados, ya el Señor *nos llamó*—dice San Pedro— *de aquella ceguedad, y nos trajo a su admirable lumbre* (1 Petr., 2, 9), dándonos su gracia, y lumbre de su divina doctrina, con que nosotros enderecemos nuestros pasos conforme a la voluntad de Dios, y hechos lúcidos anunciemos a los que están en tinieblas las virtudes y bondad de aqueste Señor que las ejercitó con nosotros. Tales, Padres míos, y tan calificados habernos de ser los que oficio tan calificado tenemos. Y la poca estima en que este oficio es tenido, y la mucha facilidad con que se toma, y la poca santidad con que se trata, no son bastantes causas para que en el juicio de Dios se nos deje de pedir la buena vida que tal oficio demanda. No es oficio éste que, por santo y muy santo que sea un hombre, se deba atrever a buscarlo; enviado ha de ser de Dios para ello, o por revelación invisible, o por obediencia de Prelado, o por consejo de persona a quien deba creer; y aun entonces debe temblar con el gran

peso que le echan a cuestras, que basta para hacer temblar a hombros de ángeles.

Y si hasta aquí habernos sido hombres poco cuidadosos en mirar la grandeza del beneficio que Dios nos ha hecho, y negligentes en le servir, isea su santo Nombre bendito, que nos ha esperado hasta ahora, sufriendo los desacatos que le habernos hecho en el mal tratamiento de su santo Cuerpo y Sangre, y los otros pecados y negligencias que habernos cometido; y no sólo sufrido, mas con deseo de nuestra enmienda, nos ha enviado Prelado que, por la misericordia de Dios, trae celo de nos ayudar a ser lo que debemos! No trae gana de enriquecer, ni de *señorearse en la clerecía*—como dice San Pedro—, mas de apacentarnos con buena doctrina y con buen ejemplo, y ayudarnos en todo lo que él pudiere, así para el mantenimiento corporal, que es lo menos, como para que seamos los más sabios y santos del pueblo, como San Isidoro dice que debemos ser. A los Prelados manda San Pedro que hagan estas cosas con la clerecía; y a la clerecía manda que sea humilde y obediente a su Prelado. Y si cabeza y miembros nos juntamos a una en Dios, seremos tan poderosos, que venzamos al demonio en nosotros, y que libertemos al pueblo de los pecados. Porque así como la maldad de la clerecía es causa muy eficaz de la maldad de los seculares, así hizo Dios tan poderoso al estado eclesiástico que, si es el que debe, influye en el pueblo toda virtud, como el cielo influye en la tierra. Y de esta manera cobraremos la estima que habernos perdido con el pueblo por nuestra negligencia; *cobraremos los años perdidos que la langosta de nuestra negligencia nos ha comido (Joel., 2, 25)*; seremos agradables a los ojos de aquel Señor que ha puesto los suyos sobre nosotros para elegirnos entre todos para su alabanza, familiar trato y servicio, y ganaremos nuestras ánimas y las de muchos, y seremos dignos de este excelente nombre de *Sacerdotes*

de Dios, y mereceremos con su gracia reinar con Él en su gloria. Amén.

PLÁTICA SEGUNDA A LOS CLÉRIGOS DE CÓRDOBA.

Bonitatem et disciplinam et scientiam doce me.

(Ps., 118, 66)

Para tratar de lo que conviene a la dignidad del altísimo oficio sacerdotal que tenemos, de manera que tan gran bien no se nos torne en mal, me pareció traer aquí en medio las palabras del Santo Rey y Profeta David que en sí mismo nos enseñen y muevan a lo que nos conviene saber y tener; para que, viendo nosotros que un rey temporal con tanto cuidado sabe tan bien pedir lo que ha menester, y el mucho afecto con que lo pide, nos esforcemos nosotros—pues nuestra dignidad y peligro es mayor—a pedir y desear lo que nos conviene. Las palabras son: *Bonitatem et disciplinam et scientiam doce me*; que parecen ser una cosa con los *tres panes* que el Señor dice que habernos de *pedir a nuestro vecino vara poner delante de nuestro amigo que viene de camino cansado*. (La, 11, 5). ¡Oh válame Dios! ¡Si nos hubieren ya dado en rostro las vanidades de este mundo que como sombra se pasan, los placeres sucios de la carne, que durando tan poco, se escotan con tormentos eternos! ¡Y si oyésemos con la interior oreja la justa amonestación de Santo Rey y Profeta David (*Ps., 4, 3*): *¿Filii hominum, usque quo gravi corde? Básteos*—dice Dios en el Profeta Ezequiel (44, 6)—los *pecados que habéis hecho, casa da Israel*. ¡Oh cuan justa demanda! ¿Hasta cuándo, Padres míos, habernos de hallar gusto en pecar? Ahítase un hombre de comer perdices y otros buenos manjares; esle pesado continuar un ejercicio, aunque sea bueno: ¿por qué no nos dará en rostro el manjar que mata, el ejercicio que es la misma maldad? Sentía esto San Agustín cuando llorando decía: «¿Cuándo será, Señor, el

fin de mis suciedades?» Y quejábase reciamente de la tardanza que había tenido en desengañarse de los engaños de las criaturas, y en venir en conocimiento de fijos: *Sero te cognovi, pulcritudo tam nova; sero te cognovi, pulcritudo tam antiqua.* ¡ Ay de aquel que no está cansado de ofender a su Criador, y que, después de haber gastado su vida andando fuera de sí, no recibe descontento de ello, y no entra en sí, y tiene hambre de la enmienda de su vida, viendo cuan poco contentamiento ha hallado en la posada!

Y quien esto hiciere, y con amargas lágrimas hubiere purgado su corazón de las malas afecciones en que recibió gusto y hartura, podrá decir a nuestro Señor de verdad: *Mí amigo ha venido de fuera, y no tengo que le poner delante; préstame, Señor, tres panes* para remedio del cansancio y hambre que trae, pues la vida pasada ni verdadera hartura ni entero *contentamiento le ha podido dar.* Y porque David, aunque algún tiempo pecó, otro lloró, y fuéle muy más amargo el lloro, que sabroso el pecado, y tuvo interior hambre de la virtud y gracia del Señor, pídele con todas sus entrañas que le dé pan de *bondad* y pan de *disciplina* y pan de *ciencia*; en las cuales palabras nos enseña lo que habernos de pedir, y el orden con que habernos de pedir. La *bondad* es lo mejor y primero, y el segundo lugar tiene la *disciplina*, y el tercero la *ciencia*.

Si no hay bondad, ¿qué aprovecha la ciencia, ni buen ejercicio, ni profecía, ni aun hacer milagros? Pues, aunque todo lo tenga, si la caridad que a un hombre hace bueno, le falta, osadamente pronuncia San Pablo: *Nihil sum* (1 *Cor.*, 13, 2). No se engañe nadie en pensar que ha de poner otra cosa en el primer lugar de su cuidado y de su deseo, sino procurar de ser el que debe, y que, por entender en la salvación de los otros, él no se pierda. Muy usada sentencia es, mas iplega al Señor sea tan

entendida cuanto común! (Mí., 16, 26): *¿Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo, si pierde su ánima?* Esto nos quiso decir aquel sabio luchador y Patriarca Jacob en los grandes sudores y trabajos que pasó por alcanzar a Rachel (*Gen., 29, 30*). Y después, viniéndole su hermano al encuentro, y temiendo no le matase su gente, puso en la frontera su mujer e hijos menos amados, y par de sí a Rachel y al suyo (*Gen., 33, 2*) con intento que, si peligro hubiere, alcanzase a lo que menos valía, y quedase guardado lo que más. José *deja la capa en las manos de la mala mujer* (*Gen., 39, 12*) por escapar la vida, y Susana se ve en aprieto de pecar o perder la vida, y escogió perder la vida del cuerpo, antes que ofender a Dios (*Dan., 13, 23*), y líbrala Dios de un mal y de otro.

He dicho esto para avisar que tengamos hambre, y la principal hambre, de alcanzar la virtud, la gracia del Señor, el ser siervos suyos ; como David (*Ps., 26, 4*) que *pedía una cosa*, y entendida espiritualmente, era *estar en la gracia del Señor*, y con este corazón pide aquí *bondad* primero que todo.

Mas, si como fue rey, fuera sacerdote, no se contentara con decir: *Señor, dame bondad*, sino *dame santidad*. Porque, si la bondad es propia del rey, la santidad es propia del sacerdote. Que el peso con que se pesaban las cosas del templo que se habían de ofrecer a Dios, era mayor que el peso común que se usaba fuera del templo; para que entendamos que el peso de las virtudes de los que tratamos con Dios y andamos en su casa y le ofrecemos sacrificios, ha de ser mayor, que el de la gente común; y que le debemos exceder tanto en la santidad cuanto en la dignidad. Lo cual no es invención mía, mas verdad de la Iglesia en el ofertorio de la Misa del Santísimo Sacramento: *Sacerdotes Domini incensum et panes offerunt Deo: et ideo sancti erunt Deo suo.*

Yo, Padres, tiemblo de aquella palabra; cuchillo me es, y causa de gran confusión, viendo que me pide *santidad*, y por ventura no tengo *bondad*. ¡ Oh, cuan presto pasamos por esto, y cuan poco sentimos de la altísima alteza de esta dignidad ! Y por eso ni tenemos temor de meternos en ella, ni de administrarla después, ni aun por ventura tenemos compunción de cuan bajos quedamos para ser lo que debemos, según lo pide tal dignidad. No era este oficio, Padres míos, sino para gente escogida de Dios, que excediese a los otros en virtud, como el rey Saúl, que *excedía a todo el pueblo de los hombros arriba* (1 Reg., 10, 23). Y San Isidoro dice que el más santo y más docto que hubiere en el pueblo, aquél sea elegido en sacerdote. Somos, Padres míos, no sólo *sacrificio* de Dios, cuya parte se quemaba en honra de Dios y otra parte se comían los hombres; todos enteros habernos de ser encendidos en el fuego del amor divinal, como el *holocausto*, que todo era quemado en honra de Dios (Lev., 6. 9), sin que llevasen nada los hombres. Y a quien le parece esta santidad mucha o dificultosa, oiga la causa, y por ventura le parecerá que aun no se le pide tanto cuanto ella merece.

Pedís, Madre Iglesia, que seamos *santos* vuestros sacerdotes. ¿Por qué carga tan grande, que de solo oíría hace temblar?

Ella lo declara diciendo: *Incensum et panes offerunt Deo*.

¿Tan gran cosa es *ofrecer incienso y ofrecer panes*, cuanto y más si son los panes de la proposición que en el templo de Salomón se ofrecían? ¿Para *incensar y ofrecer unos panes* pedís santidad? Pues ¿qué será para *incensar* espiritualmente, y *ofrecer un pan que del cielo vino*, Jesucristo nuestro Señor, figurado en aquellos panes y (que), siendo uno, vale más que todos juntos, y más que

el mundo y el cielo, y cuanto en ellos está encerrado?

i Oh, qué gran negocio es *incensar y ofrecer este sacrificio*, y andar estas dos cosas juntas! Porque para hacerse bien y ser valerosas, no se ha de apartar una de otra. El incensar es *orar*, y aquél ha de tener por oficio el *orar*, que tiene por oficio el *sacrificar*; pues es medianero entre Dios y los hombres para pedirle misericordia, y no a secas, sino ofreciéndole el don que amansa la ira, que es Jesucristo nuestro Señor.

Y de este cargo que el sacerdote tiene, dice San Crisóstomo las siguientes palabras: «El que tiene oficio de legado por una ciudad—mas ¿qué digo, por una ciudad?, antes por todo el mundo universo—, y ruega que Dios se amanse a los pecados de todos, no solamente de los vivos, mas de los muertos, ¿qué tal piensas que debe ser? Yo no pienso que la confianza de Moisés y Elias es bastante para tal oración; porque, como hombre a quien le es encomendado el mundo universo, y que es padre de todos, así se ha de llegar, rogando a Dios que se apacigüen las guerras dondequiera que las haya, que se deshagan los alborotos, que se pacifiquen todas las cosas, y que se ponga fin y remedio a todos los males privados y públicos. De manera que tanto ha de exceder a todos en eminencia de virtud este tal rogador, cuanto excede y se diferencia en el mismo oficio. Pues, cuando llamare al Espíritu Santo y sacrificare aquella Hostia digna de reverencia, y tocare al Señor de todos; dime, ¿dónde pondremos este tal en nuestra estimación? ¿Cuánto resplandor pediremos que tenga, y cuan gran religión? Párate bien a pensar qué tales conviene que sean aquellas manos, que son ministras de cosas tan altas; ¡qué tal ha de ser la lengua que pronuncia tales palabras; o qué cosa ha de haber más limpia y más santa que el ánima de aquel que ha recibir tal espíritu.»

A mí, Padres, espántanme mucho estas palabras que piden tan gran fuerza de oración, que aproveche a todo el mundo: para lo cual dice este Santo que le parece pequeña la confianza de Moisés y Elias; el uno de los cuales con la fuerza de su oración alcanzó perdón para aquel grande ejército que por el desierto iba, y el otro cerraba el cielo cuando le parecía para que no lloviese, y abríalo cuando quería, y con su oración traía fuego del cielo y mataba a vivos, y también con su oración daba vida a los muertos. ¡ Ay de mí, si la confianza de éstos aun no basta para la oración que el sacerdote ha de hacer por todo el mundo; pues que siendo mi oficio mayor, no llego ni con mucho a la fuerza del orar, ni a la santidad de aquellas personas! ¡ Oh! Cuando seamos presentados en el juicio de Dios, y nos hagan cargo de las guerras que hay, de las pestilencias, de los pecados, de las herejías; porque no hicimos nosotros lo que era de nuestra parte para que no las hubiera, y de todos los males espirituales y corporales que hay en el mundo, ¡ por ventura amargaré entonces a alguno el haber sido Sacerdote, y le parecerá entonces la honra de besarle la mano y la autoridad de las ricas vestiduras, de la honra sacerdotal y aun de la renta, carga tan pesada, que por todo el mundo no la quisiera haber tomado sobre sus hombros! Cosa recia de pensar, que no siendo yo para orar por mí, y que he menester ayuda de mis vecinos para que me amansen a Dios, que yo he provocado a ira con mis pecados, y siendo tan poco espiritual, que ni siento ni lloro mis defectos ni pecados, me piden tan vivo sentido y entrañas tan encendidas en caridad, que sienta los males del mundo como si fuese padre de todo el mundo, y tenga tal santidad, que me ose poner a la ira de Dios y tornarlo de enojado pacífico, y de castigador perdonador. De Aarón cuenta la Escritura (*Num., 16, 44*), que *andando el fuego del castigo de Dios quemando la gente de los reales, tomó un incensario en la mano, y se puso entre los muer-*

tos y los que quedaban vivos, y orando e incensando al Señor, hizo que parase su ira. Padres, ¿hales acaecido esto algunas veces? ¿Han peleado tan fuertemente con Dios, con la fuerza de la oración, queriendo Él castigar y suplicándole que no lo hiciese, que haya dicho Dios (Ex., 32, 10): Déjame que ejercite mi enojo, y no querer vosotros dejarlo, y, en fin, vencerlo? ¡ Ay de nos, que ni tenemos don de oración, ni santidad debida para ponernos al encuentro de Dios, estorbándole que no derrame su ira; y aun no sé si entendemos nombre de oración! Porque como San Jerónimo dice: «Este negocio más se hace con gemidos que con palabras, y aquél sólo sabe gemir como debe para que su oración tenga fuerza, a quien el Espíritu Santo le enseñare este modo de orar.»

De esto nos avisa San Pablo, diciendo: *Nosotros no sabemos qué, ni cómo habernos de orar; mas el Espíritu ora por nosotros con gemidos que no se pueden contar. El Espíritu Santo, en Si mismo, no padece, ni gime; dícese que pide con gemidos que no se pueden contar, porque hace gemir a nuestros corazones gemidos que no se pueden contar. ¿Qué andamos pidiendo que nos digan cómo habernos de orar en el *Memento*, quién pondré primero, quién pondré después; para que en espacio de dos o tres *Credos* pasemos aquéllos por la memoria? Y con esto pensamos que habernos bien orado, y precedemos luego a la consagración. ¡ Oh dolor grande! ¿ Y así se ha Dios de amansar? ¿Y así se ha de alcanzar la paz de las guerras, la fe para los infieles, la conversión para los pecadores, y el estar los justos en gracia y en pie? ¡ Con cosa que tan poco cuesta, pensamos de alcanzar cosas de tanto precio? ¿Y oración que parece de burla, ha de alcanzar cosas de tanto tomo y verdad! ¡ Gemidos, gemidos nos son pedidos de Dios! y no que salgan de sentimiento de cosa temporal, ni salgan de la voluntad guiada por la razón, mas inspirados por el Espíritu Santo, tan imposibles de ser entendidos por los*

que no los tienen, que aun los que los tienen *no los saben contar*. Padres míos, ¿saben qué tales han de ser los gemidos que demos los sacerdotes en el acatamiento de Dios, pidiendo remedio para todo el mundo? Como dice. San Basilio : «Que así como en el oficio sacerdotal representamos la persona de Jesucristo, así le habernos de representar e imitar en los gemidos y oración que el oficio sacerdotal pide.» Párense, Padres míos, bien a pensar en su rincón, cuando se aparejan para decir Misa, con qué afectos, gemidos y lágrimas y compasión, puesto el Señor en la Cruz, derramando la Sangre por fuera, oraba por dentro por todo el mundo: y procuren de le pedir semejanza de aquel espíritu, parte, de aquel Corazón tan espinado, para que, pues nos llegamos a rogar en su nombre por todo el mundo, y le tenemos en el altar en las manos, tengamos en el corazón la semejanza de sus gemidos; para que, como él, *ofreciendo con lágrimas*, como dice San Pablo (*Hebr., 5, 7*), *fue oído por su reverencia* del Padre, así nosotros, orando y gimiendo, a semejanza de Él, seamos oídos por Él.

Y si alguno, entre los cuales soy yo, se atemorizare y confundiere de ver la sequedad de su corazón en la oración, el poco sentimiento que tiene de los males ajenos, la poca fuerza y la poca santidad para qué su oración haga fuerza al Omnipotente, y que sus *gemidos* son tan breves y fáciles, que cualquiera tos *puede contar*; y, en fin, se ve lejos de tener aquel don de oración, infundido por el Espíritu Santo, tan necesario para bien ejercitar el oficio sacerdotal, de ser abogado por los hombros en el tribunal de Dios, y este tal, así atemorizado y compungido, me preguntare: «Padre, ¿qué haré, que muy lejos estoy de saber ni entender los negocios de la oración?», decirle he, que si no es sacerdote, que no tome oficio de abogar, si no sabe hablar. Y diría yo que no sé con qué conciencia puede tomar este oficio quien no tiene don de oración, pues que

de la doctrina de los santos y de la Escritura divina parece que el sacerdote tiene por oficio, según habernos dicho, orar por el pueblo; y este orar, para ser bien hecho, pide ejercicio, costumbre y santidad de vida, apartamiento de cuidados, y, sobre todo, es obra del Espíritu Santo y don suyo particular, no dado a todos, mas a quien Él quiere; y a quien Él lo daba en el principio de la Iglesia, como dice San Crisóstomo, oraba, gemía y enseñaba a los otros a orar. Y quien no tiene estilo de abogar en la audiencia divina, distintísima de la audiencia da acá, y puesto de rodillas, cuando no hay oración vocal que rezar, está como un mudo delante de Dios, ¿con qué desvergüenza tiene oficio de orar sin lengua del cielo? Y aunque este tal lo hace muy mal, no sé si lo hace peor el Prelado que ordena sin examinar en esta calidad al que ha de ser ordenado; porque como maestro y guía, y por la mucha experiencia que ha de tener de la fuerza y provecho de la oración—que, como dice San Gregorio, ha de tener experiencia que su oración es tan poderosa delante de Dios que alcance lo "que pide—, debe este tal desengañar al que, sin tener este don, se quiere ordenar, porque no vaya sabré él la falta del otro.

Mas ¿qué hará quien ya es sacerdote? Que llore porque inconsideradamente lo fue, sin *pararse primero a contar muy despacio*, como el Señor dice (Lc. 14, 28), *si tenía suficientes expensas para edificar en sí la torre altísima de la majestad sacerdotal; y tema, y mucho tema, no le acaezca lo que el Señor dice que, viendo que no tuvo lo que era menester para edificación de la torre, hagan burla de él y le digan: Este hombre comenzó a edificar, y no lo pudo acabar.* Libra, Señor, por tu misericordia, a cuantos estamos aquí, y a todos los que son tus ministros, no mofen de nosotros los demonios en el infierno, dándonos en rostro que, teniendo alteza de sacerdocio, tuvimos vida muy baja, indigna y

desproporcionada de tal dignidad. Temamos, Padres, temamos; que Juez tenemos a quien dar cuenta, y cuenta más estrecha que la otra gente del pueblo, la cual, como ha recibido menos, dará menos cuenta: mas a nosotros se endereza de lleno en lleno aquella palabra terrible y verdadera que el Señor dijo (*Le, 12, 48*): *A quien mucho es dado, mucho le será pedido*. Y en el Salmo (49, 16) que el Profeta David cuenta de la venida de Dios a juzgar, lo primero que cuenta es que dijo Dios al pecador: *¿Por qué cuentas mis justicias por tu boca?* Si rezar los Salmos, y las oraciones, y las palabras de Dios, es cosa indigna del pecador, y ha de entrar en juicio sobre ello, ¿qué será tomar en la boca, sin el debido aparejo, a Jesucristo nuestro Señor, y consagrarlo, y faltar en las cosas principales que el sacerdote debe hacer?

No sé, Padres, cosa más lastimosa; y pensando algunas veces en ella, casi me faltan las fuerzas y se me enflaquece el corazón. ¡ Que un sacerdote, tan honrado de Dios, que a su llamada venga del cielo, y se ponga en sus manos, y lo aplique para el bien del mundo, y aunque su obra se haga en la tierra, su negocio se hace en el cielo y sube su voz hasta el trono de Dios, y se despachan por ella negocios importantísimos en persona de la Iglesia, aunque él sea malo, que éste, con tanta alteza de honra y acatado de Príncipes y Reyes y de ángeles del cielo, y conocido de Dios por su ministro, descienda al infierno por su mala vida, y sea atormentado de demonios el que acá los atormentaba a ellos, y que sea desamparado de Dios y dejado de Él para siempre en tormentos eternos! Quien cotejare la honra de acá, y el estar vestido en el altar con vestiduras benditas y ricas, tan cerca de Dios y tan familiar a Él, y cotejare, por otra parte, la obscuridad, bajeza, hedor, tormentos, demonios, que nunca se acabarán para siempre jamás, del infierno, no sé si tendrá fuerza para considerar la grandeza de tanto mal, después de haber pasado por tanto bien.

Despertemos, Padres, despertemos con tan recio tronido. **i Que van al infierno sacerdotes de Dios!** Beda, cuenta en su *Historia* de un hombre que fue llevado al otro mundo, y vio el purgatorio y el infierno, y que estando allá, vio a los demonios que llevaban tres ánimas, dando ellos muchos gritos y risas, y ellas amarguísimos gemidos; y una de ellas conoció ser de mujer, y otra de lego, y otra de clérigo. Muchos más cuentos hay de éstos, que dan testimonio de condenación de ministros de Dios, que nos deben de poner cuidado de mirar cómo vivimos, y entender que si el asentarnos a la mesa de Dios es cosa dulcísima y de mucha honra, que debemos tener vida conforme a tal dignidad, y estar *vestidos de justicia*, como dice David (*Ps.*, 131, 9), y como se representa en las vestiduras sagradas que nos vestimos, porque no nos diga el Señor (*Mt.*, 22, 12): *Amigo, ¿cómo entraste aquí sin vestidura de bodas? Y nos echen en aquellas tinieblas de fuera de la sala de Dios, donde está la lumbre, y paguemos el escote del manjar celestial que aquí comimos, con comer allá ajenos y beber hiél de dragones, según dice la Escritura (Jerem., 9, 15; Deut., 32, 33), y entenderemos, aunque tarde, lo que aquí poco caso hicimos: El que come y bebe indignamente, juicio—quiere decir, condenación—, come para sí (1 Cor., 11, 29). Súfrenos el Señor y calla, esperándonos a penitencia; mas líbrenos su misericordia de cuando se enoja con un oficial suyo, que el tiempo que le dan para hacer penitencia lo gasta en hacer más pecados. Sabrá muy bien, porque es sapientísimo; podrá, porque es omnipotentísimo sin haber quien lo resista; querrá, porque es justísimo, castigar al tal oficial, o dejándole morir sin penitencia verdadera, aunque tenga lugar y tiempo para lo hacer, o matarlo ha súbitamente estando hablando o haciendo otra cosa.*

Cosa cierta es, y no creo que ha un mes que acaeció,

que, yendo un cura de un lugar a otro, bueno y sano encima de su muía, se adelantó un poco de su mozo, al cual le pareció que la mula de su amo salía de camino, y corrió por le alcanzar, y violo echar espumajos por la boca sin poder hablar; y a cabo de poco le quitaron de la mula, y sin más hablar, expiró. (Contómelo otro cura en cuyas manos murió.) En otra parte, poco ha, me cuentan han muerto otros dos súbitamente; y ahora, una legua de aquí, súbitamente se cayó otro muerto en la sacristía. Y, aunque estas muertes sean ahora recientes, no es cosa nueva, sino usada, y por eso señal de más ira de Dios con sus ministros. *Si repente interroget, quis respondebit ei? (Job., 9, 12.)* Y, como San Gregorio dice: Dar Dios término, y aprovecharse el hombre de él para aparejar la conciencia y responderle en su estrecho juicio, señal es de su misericordia, y consuelo para el que ha de ir a juicio; mas llevar a uno súbitamente y preguntarle a deshora, es cosa terrible para quien lo pasa, y de mucho escarmiento para quien lo oye.

Tornando, pues, al propósito, los que esta carga tomamos sin medir nuestras fuerzas para si la podíamos llevar o no, lloremos nuestro atrevimiento; lloremos los males que habernos hecho, los malos ejemplos que habernos dado. Y aun no basta esto; lloremos los daños que han venido a los otros por no tener nosotros la santidad de vida, la fuerza en la oración que era menester para ir a la mano al Señor, y recabar de Él misericordia y perdón en lugar de castigo. Que si hubiese en la Iglesia corazones de madre en los sacerdotes, que amargamente llorasen de ver muertos a sus espirituales hijos, el Señor, que es misericordioso, les diría lo que a la viuda de Naim (Lc., 7, 13): *No quieras llorar*, y les daría resucitadas las ánimas de los pecadores, como a la otra le dio a su hijo vivo en el cuerpo. Abajemos. Padres, nuestras cabezas, y nuestras caras se hinchen de confusión, y atraviase aguda espina de dolor nuestro

corazón, y pidamos perdón a Dios y al mundo, de que a Él no le habernos servido conforme a la alteza y honra en que nos puso, y al mundo de que no le habernos evitado muchos males y alcanzádole muchos bienes; que si nosotros fuéramos los que debíamos, le hubiéramos librado del mal con nuestra oración y sacrificio, y alcanzádole muchos bienes de cuerpo y ánima. Así pasa, Padres, así pasa; y si esto bien se sintiese, no nos vagaría a gastar tiempo ocioso, ni osaríamos hablar palabras ociosas, ni traeríamos los ojos altos, ni daríamos lugar a otros cuidados, porque éste nos tendría y traería tan poseídos que, por dar buena cuenta de él, aflojaríamos en las otras cosas.

San Pablo dice a los legos (*Eph., 5, 3-4*): *Fornicatio et omnis immunditia aut avaritia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos; aut turpitud, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quae ad rem non pertinet; sed magis gratiarum actio.* Mírese que aun lo que llaman acá *gracias* no consiente decirse; y la causa es, porque *no hacen al caso* a nuestro negocio. Y ¿cuál negocio es éste de tanta importancia, que ni admite malas palabras ni vanas glorias? Ciertamente el de cumplir la voluntad de Dios entre tantas ocasiones de quebrantarla; siendo nacido en la tierra, procurar de hacerse violencia y combatir y ganar el cielo, cosa es que no admite burlería ninguna; y quien esto no siente, no procura ir allá. Y si al propósito de un buen lego no convienen estas cosas, ¿cuan lejos es razón que estén del negocio que el sacerdote trae entre manos, pues tiene oficio que le pide más santidad, y cuidado de aprovechar a los otros? Y muy buena respuesta es para cuando la maldad o la vanidad nos combatiere, o la negligencia y pereza nos amonestare holganza, acordarnos del negocio que traemos entre manos, que es de oponernos a Dios, para que hiera en nosotros, y derrame su misericordia y perdón sobre los culpados. No es ésta, Padres, invención mía; palabra es

de Dios, y de aquel Dios que nos ha honrado con hacernos ministros suyos, y que nos ha de tomar cuenta y ponernos los cargos de nuestra residencia, entre los cuales declara uno que dice: *¡No os pusisteis de parte contraria, ni os pusisteis por muro en favor de la casa de Israel, para estar en pie en la guerra en el día del Señor! (Ezech., 13, 5.)* Y en otra parte (22, 30, 31) dice: *yo busqué entre ellos un varón que interpusiera seto, y estuviera contrario a Mí en favor de la tierra, que no la destruyera, y no lo hallé; y derramé sobre ellos mi enojo, y consumílos con el fuego de mi ira.* Quiere el Señor que, aunque el pueblo con su mala vida esté tan atemorizado de Dios, que no ose parecer delante de Él, ni alzar los ojos al cielo; que su sacerdote, con la limpieza de su vida, con la familiaridad amigable y con el trato particular de entre él y el Señor, no esté derribado con temor, como los otros, mas tenga una santa osadía para estar en pie, y llegar al Señor, y suplicarle e importunarle y vencerle y traerle a que, en lugar del azote pensado, envíe su deseada misericordia. Y esto quiere decir lo que cada día hacemos en el santo Sacrificio de la Misa, que, estando el pueblo arrodillado y humillado, el sacerdote está en pie en el altar, negociando con Dios, en testimonio de la santa osadía y de lo mucho que vale para *estar en pie en el día de la guerra del Señor* cuando quiere castigar a su pueblo. Padres míos, por este arancel habernos de vivir, y estos cargos se nos han de poner cuando muramos. Y de estas palabras de Dios entenderemos que la causa de haber derramado Dios su enojo sobre su pueblo, y habernos consumido enviándonos pestilencias, infieles que nos venzan, herejías que han nacido, y tanta abundancia de pecados como hay, y finalmente, males de cuerpo y de ánima, ha sido porque *buscó Dios varones de oración que se le pusiesen delante, y no los halló.* ¿Quién pensara que tanto importara el ejercicio de la oración en la Iglesia? ¿Quién contará los daños que por falta de ella han venido?

Y i plega a Dios que, estando nosotros tan ajenos de ella, sepamos llorar los males que por nuestra falta han venido, y entendamos que nosotros somos los ojos de la Iglesia, cuyo oficio es llorar los males todos que vienen al cuerpo, y que para hacer bien este oficio, pongamos ya fin a nuestros malos placeres, y hollemos ya llano, como dicen, y andemos con entrañable cuidado, como gente que trae sobre sus hombros una carga en gran manera pesada! Un hombre con cuatro o cinco arrobas de peso anda acorvado: ¿qué haría si le echasen encima una casa entera? ¿Qué, si un pueblo? ¿Qué, si grandes ciudades? ¿Qué, si un reino? Pues, si todo el mundo estuviese sobre él, ¿tendría fuerza para saltar? ¿Tendría gana de reír? ¿No le apesgaría tanto aquel peso, que para haberlo de llevar, procuraría de alivianarse de todos los otros, y pediría a sus vecinos que le ayudasen, y a Dios con lágrimas que le socorriese? Pues cuando nosotros entendamos que está sobre nuestros hombros la carga de nuestros pecados, bastantísima para hacernos gemir, y la de nuestro pueblo, y, según San Basilio dice, la de todo el mundo, entonces comenzaremos a sentir qué cosa es ser sacerdote. Y *diremos*, como dice la Escritura (*Deut., 33, 9*), *a nuestro padre y a nuestra madre: No sé quién sois; y a nuestros hermanos: No os conozco*; y andaremos cuidadosos de libertarnos de todo para dar buena cuenta de esto. Y conociendo cuan mucho nos falta, andaremos rogando a los buenos y a los sabios que nos enseñen a orar, y gemir, y a bien vivir, y que rueguen a Dios por nosotros. Y heridos del gemido de que no habernos sido lo que debemos, quitaremos los regalos al cuerpo y el sueño a los ojos, y con penitencia rigurosa y amargas lágrimas, pediremos al Señor perdón de haber sido malos ministros, y de no haber entendido la honra de la alteza en que nos puso; y por eso *habernos sido comparados a los jumentos, y hechos semejables a ellos* (*Ps., 48, 13, 21*); para que el Señor, que por su

misericordia nos escogió para su servicio y culto divino, nos haga dignos y santos para ofrecerle el incienso de la limpieza y eficaz oración, y de consagrar y ofrecer el Cuerpo de su santísimo Hijo; de manera que quede nuestra conciencia confortada y, por bastantes conjeturas, consolada de que de las tres cosas que al Señor pedíamos, *bondad, disciplina y ciencia*, nos ha dado la primera, y si no con aquella perfección que a los santos sacerdotes pasados, a lo menos con aquella con que en su santa gracia vivamos, y acertemos a desempeñar aqueste dignísimo y santísimo oficio con aquella diligencia que nuestra flaqueza, ayudada del favor del Señor, pudiere. Porque una cosa es usarlo casi sin ningún respeto, como muchos hacen, a los cuales está aparejada la eterna damnación, como gente que fue desacatada al mayor ministerio y oficio que hay en la tierra; y otra cosa es que, si un sacerdote no vela toda la noche en oración, a lo menos tiene sus ratos diputados para ella. Y una cosa es no tener cuenta con su conciencia, o tener tan poca que casi es nada; y otra tener sus ratos señalados para examinarse y juzgarse, y traer mediano cuidado para no ofender al Señor mortalmente, antes de aprovechar de bien en mejor, aunque en estas cosas no alcance aquello que desea, ni lo que otros mejores. Porque, así como tiene el Señor en su pueblo miembros suyos que están en gracia aunque imperfectos y flacos, también entre sus ministros, ninguno es razón que haya malo; más sufridera cosa es que haya flacos, con condición que, lo que les falta de la medida que habían de tener, lo suplan con el conocimiento de sus defectos, y con las lágrimas con que se laven, y con el deseo de se mejorar y firme propósito. Porque esta moneda, aunque parece de poco valor, recibida es en el tribunal de Dios, y, como San Bernardo dice; «El deseo y cuidado de la perfección, por perfección se reputa.» De manera que, desterrada toda tibieza, procurando cada día de ser más leales y agradables al Señor que nos

escogió, le sirvamos en su santo altar como debemos, para que de él pasemos al cielo a gozarlo en su gloria. Amén.